

Aoki Sanbo y el Fude Verde

(La Partida Mortal de Incienso)

4. LA PARTIDA MORTAL

Aoki se despertó pasado el alba. Antes de llamar en la puerta de Ling Su, pudo ver que su amiga no estaba dentro. El shoji estaba medio corrido y dentro tan solo había un futón arrugado y solitario, pero aún podía sentirse el olor rancio de Ebisu. Aoki pensó que Ling Su habría pasado parte de la noche en el tejado. Le había contado que en ocasiones, aunque todavía no sabía por qué, solía hacerlo.

En ese momento, oyó el grito de una mujer en la sala del té. Aoki corrió con la naginata en mano hasta allí. Junto a la puerta que daba a la cocina, se encontró con una sirvienta mirando asustada el interior. Aoki se acercó y descubrió a Ebisu revolviendo los armarios sin miramientos.

—¡Chen! ¿Te has vuelto loca?

La sirvienta lo miró extrañada y se alejó un paso de él.

— ¡Tengo sed! —le contestó el viejo sacando tarros de dentro de una alacena.

—Hay té ahí fuera.

—¡El té no me sirve!

—Disculpa —le dijo a la sirvienta que se había replegado ya hasta una esquina y rezaba. Inclino la cabeza hacia ella y entro en la cocina.

Aoki cogió al viejo por la solapa de la yukata y tiró de él hasta que estuvieron en la calle. Los quejidos de Ebisu resonaron en la posada todo el trayecto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le dijo Aoki bajo el sol fresco de la mañana.

—Es este deseo... —dijo Ebisu señalándose en vientre.

Aoki lo miró incómodo y lo soltó.

—¡No es ESE tipo de deseo! Es algo que me da sed. ¡Y no sé qué es!

Aoki respiró aliviado. Aoki lo asió del brazo de nuevo para que le prestara atención.

—El bonzo del templo dijo que el ayudante del empresario abrió una Casa de Té en el pueblo cuando no pudo continuar con el negocio. Y la miko dijo que se llamaba Hikari. Con esto, deberíamos poder encontrarlo. Y quizás allí apacigües el antojo de lo que sea que tengas.

Chen aceptó a regañadientes y lo siguió por el pueblo. Poco después de una hora preguntando por Shinomuya, encontraron una casa de té donde servían comidas. Escrito en las telas que colgaban sobre la entrada, leyeron el nombre de Hikari.



La casa de té era un espacio modesto con una barra alta que daba a la cocina y seis mesas pequeñas distribuidas por la sala. De la cocina emanaba un olor a pescado y estofado de algas que a aquellas horas de la mañana ya había impregnado la sala con un ambiente cálido. Un par de clientes sorbían su té en una mesa al fondo del establecimiento, en silencio.

Aoki y Ebisu se sentaron cerca de la barra. A los pocos segundos apareció una mujer de mediana edad con dos tazas de té que los saludó de manera cordial hasta que vio la naginata de Aoki apoyada contra la pared y la inclinación de su saludo se volvió rígida.

Aoki le devolvió el saludo, abstraído, preguntándose cómo prepararían allí el salmón, ya que sin lugar a dudas, aquello que olía era salmón fresco. Luego recordó los pocos zenni que le quedaban y con un suspiro pidió arroz y sopa de miso para los dos.

Ebisu miraba la barra con la mirada fija. Bajo la mesa, una de sus piernas temblaba.

Fue el hombre que cocinaba tras la barra el que les trajo el desayuno. Sonrió sin decir nada más mientras les servía la comida. Para sorpresa de Aoki, detectó el olor de setas del aroma que ascendía de la sopa de miso y apostaba que también habían echado repollo. Chen le dio un puntapié como aviso bajo la mesa. El hombre se marchaba.

—Disculpe —lo llamó Aoki —¿Es usted el dueño y el cocinero de esta sala de té?

—Sí, señor guerrero —contestó el hombre con una inclinación y una sonrisa que a Aoki le pareció tensa.

—¿Podría ser que la sopa de miso llevara puerro además de setas?

Ebisu puso los ojos en blanco.

—Así es, señor —contestó de nuevo inclinándose mientras daba pequeños pasos hacia atrás sin quitar la vista de la naginata.

—¡Lo sabía! —exclamó Aoki.

El hombre dio un pequeño brinco. Y Ebisu dio una palmada sobre la mesa, irritado.

—¡Ya voy! —le dijo a su amiga— Luego miró serio al cocinero— ¿Es usted el Sr. Hikari, antiguo ayudante del empresario de incienso?

Un plato se rompió en la cocina. El hombre asintió.

— ¡Perfecto! Tengo un par de preguntas. ¿Podría ser tan amable de ayudarnos?

—Yo no sé nada —contestó Hikari.

Aoki lo miró extrañado.

—Aún no le he preguntado nada.

Hikari solo sonrió trémulamente.



—Mire —le dijo Aoki—. Necesitamos quemar incienso en este pueblo para ayudar a una amiga... un amigo. No hay forma de que lo consigamos. Una sacerdotisa del santuario Omi-Jingu me habló de usted...

—¿Una sacerdotisa? —le interrumpió Hikari de pronto sin color en las mejillas.

—Una miko en realidad. Una tal Ume Inoue.

El hombre pareció volver a respirar de nuevo.

—Sí, fui ayudante del Sr. Hikari... hasta que murió.

—¿Cómo murió?

Otra vajilla se rompió en la cocina.

—De causas naturales.

Aoki lo miró suspicaz.

—¿Entonces, por qué se ha convertido en gaki?

—¿Es usted un sohei? —preguntó el hombre alternando miradas entre él y la naginata.

—Soy un yamabushi —contestó Aoki peinándose la coleta.

El hombre pareció relajarse.

—Quizás puede usted ayudarnos a nosotros. Llevamos muchos años ya con esta molestia...

El hombre se acercó y se sentó junto a la mesa, en frente de ellos.

»Fui ayudante del señor Kato Kuniyoshi durante más de diez años. Me tomó de aprendiz cuando yo apenas tendría doce recién cumplidos. Durante todo ese tiempo aprendí el arte y la producción de incienso. El Sr. Kato era un hombre que se entregaba a su trabajo con pasión. A todos los que trabajábamos allí nos contagió de su entusiasmo. Incluso para los que realmente, aquello no era más que otro lugar donde acabar que no fuera en el campo o en alguna guerra entre clanes. Cuando Kuniyoshi fue el mayor proveedor de la zona central de la isla, empezó a buscar nuevos retos. Era un hombre muy inquieto, ¿sabe usted? Tenía esa curiosidad de los que consiguen cosas en la vida. Yo por otra parte, nunca la tuve...

En fin, el Sr. Kato estuvo mucho tiempo buscando nuevas fragancias, combinando las que tenía y experimentando con esencias nuevas, muchas veces, traídas de China o de las Indias. Era capaz de distinguir casi todos los elementos que componían el aroma de cualquier pastilla de incienso. Numerosas veces, participaba en partidas de incienso con otros amigos del mismo arte y siempre ganaba. Nunca he vuelto a conocer nadie más como él, aunque él me decía siempre que podía llegar a sustituirlo algún día... No era tan mal hombre como comentan. Es verdad que tenía temperamento, pero había que entenderlo. Tenía mucha presión. La cuestión es que un día, después de su rezo diario volvió al taller como ido. Tenía



la mirada fija y balbuceaba algo ininteligible. Por fin, pude entender que durante su visita al Santuario Omi-Jingu había olido algo tan asombrosamente agradable que lo había trastornado de una manera que ni podía llegar a explicar. Había sido solo un momento, después se había volatilizado como si alguien hubiera aspirado aquella maravilla para quedársela para sí. El Sr. Kato volvió repetidas veces al santuario pero no volvió a percibir aquel maravilloso aroma. Preguntó a la nueva sacerdotisa del santuario, Sadako Inoue, pero ella le dijo que tan solo era la fragancia de las flores de los sakaki que cultivaban con esmero.

Yo le acompañé repetidas veces también sin éxito. Kuniyoshi jamás volvió a ser el mismo desde que olió aquella fragancia. Dejó de lado su negocio y sus responsabilidades para ir de mercado en mercado buscando las esencias más exóticas para encontrar algo parecido a su obsesión. Me avergüenza decir que el resto del tiempo, lo pasaba escondido entre los arbustos del templo Omi-Jingu.

Hasta que un día vino con el rostro rojo, y sudado de arriba a abajo como si se hubiera pasado el día recogiendo arroz. Parecía que hubiera visto al mismísimo Buda, Sr. Yamabushi! Por lo que pude entender de sus murmullos; había sentido aquella fragancia de nuevo. Pero se negó a contarme nada más.

Un día desapareció y volvió cuando el sol se ponía. Me dijo: Mañana he convocado una Partida de Incienso con Sadako Inoue y tú participarás con nosotros.

Yo había participado en alguna, pero jamás he vivido una como la que viví en aquella ocasión. Y no solo porque el Sr. Kato muriera durante el transcurso de la misma, por desgracia... El valor de lo que había en juego tenía que ser elevado para todos. «

Aoki, había estado escuchando con los brazos cruzados. Se rascó la cabeza y como si viera de nuevo a Hikari le preguntó:

—¿Qué se jugaron?

—El Sr. Hikari, para asegurarse de que yo jugaría con toda la entrega posible, me dijo que si ganaba, me quedaría con el negocio.

Aoki abrió los ojos y se inclinó hacia adelante.

—¿Y los demás?

Hikari negó con la cabeza.

—No lo sé. Nunca me lo dijeron.

—Pero entonces, ¿Cómo sabía que había una apuesta para el resto y que la cumplirían?



—Escribieron lo que iba a ganar cada uno en la misma hoja. Yo vi cómo escribían la mía. Utilizaron a un monje para hacerlo que escribió la de cada uno frente a cada participante. El mismo monje fue el árbitro de la partida.

De repente, Aoki se dio cuenta de que Ebisu estaba muy callado. Se giró y lo descubrió en la mesa de al lado con un par de hombres que debían haber entrado durante el relato... tomando sake.

Aoki se movió inquieto en su sitio, pero se concentró en Hikari.

—¿Qué pasó durante la partida?

Hikari empujó el bol de arroz hacia él.

—Coma, se le va a enfriar.

Aoki tomó los palillos y escuchó al cocinero.

»Para mi sorpresa, en la partida sólo participamos, el Sr. Kato, la sacerdotisa Inoue y yo. El monje, como le he dicho, fue el que condujo el juego. Supongo que lo escogió para asegurarse de que todo transcurriera según las normas. Jugamos en casa del Sr. Kato, al atardecer. Sadako se ocupó de traer el incienso Invitado, que por lo que deduje, contenía aquella fragancia con la que Kuniyoshi estaba obsesionado.

Cuando el incienso invitado entró en juego, aunque fue tarde y nuestros pulsos olfativos habían empezado a hacer mella, pude saber que se trataba de esa fragancia. Era... era algo fuera de lo normal, y a la vez algo que remitía al hogar. A volver a casa, junto con un toque exótico o salvaje. Según mi humilde experiencia, llevaba al menos, una esencia que no era de aquí. Me atrevería a decir que era algo de fuera de la isla. Pero qué se yo... Tan solo era un pobre ayudante.

La partida transcurrió como había esperado. Sadako era muy buena, pero yo sabía que él lo era mucho más. Y ella también. Evidentemente, no sabíamos el resultado, pero lo intuíamos. Kato sabiéndose pronto ganador, ya que solo quedaba una ronda, se mofó frente a Sadako. Por un momento, pensé que ella no respondería y seguiría erguida como lo había hecho durante toda la partida, pero de repente, se inclinó hacia el Sr. Kato y le dijo algo al oído. Lo recordaré toda la vida. El Sr. Kato se puso rojo, la papada le tembló y elevó una mano que le temblaba descontrolada. Creí que había perdido la razón e iba a tomarla contra la sacerdotisa, pero entonces, vi que se cogió el brazo con la otra mano. Fuerte. Se convulsionó y murió delante de nosotros. Una tragedia. «

Aoki se secó los restos de la sopa de miso con el dorso de la mano y asintió. Miró el bol vacío y pensó que aquella sopa era el nirvana. Sintió una súbita admiración por Hikari.



—Le estaría muy agradecido si me dejara ver su proceso de producción con la sopa, Sr. Hikari.

El cocinero lo miró desconcertado.

—Por, por supuesto.

Aoki se levantó y se sacudió el kosode y los pantalones. Miró a Ebisu y los vasos que se apilaban frente a él.

—Ha sido usted de gran ayuda —le dijo con una inclinación de la cabeza— ¿Chen?

Ebisu se giró con una sonrisa de extremo a extremo, mostrando los pocos dientes que le quedaban. Su cara salpicada de motas rojas.

—Soy feliz —respondió su amiga en la piel del viejo.

Aoki solo consiguió sacar a Ebisu de la casa de te cuando accedió a que se llevara una botella de sake con él. Hikari rehusó los zennis de Aoki y los acompañó hasta la calle.

—¿Qué, qué va a hacer?

Aoki se detuvo a hablar con el hombre. Ebisu por su parte siguió andando calle abajo torciendo hacia un lado.

—Tenemos ante nosotros lo que parece una mezcla de gaki y un yurei. El Sr. Kato no pudo terminar la partida. Simplemente, necesita terminarla y cumplir su omoi —dijo Aoki encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo va a conseguir eso? —le preguntó sorprendido.

Aoki lo miró con una sonrisa de medio lado que se torció en un gesto al oír los cánticos borrachos de Ebisu calle abajo.

—Para empezar, necesitaré el libro del registro de la Partida de Incienso. ¿Sabe qué se hizo de él?

Hikari asintió.

—Supongo que permanecerá en su casa. Nadie ha tocado nada desde que murió. Nadie osa entrar ahí dentro.

Hikari lo miró un instante como esperando una reacción. Aoki sonreía.

—¿Y después? ¿Cuando lo tenga, cómo va a conseguir terminar una partida que quedó a medias cuatro años atrás?

—Se lo cuento por el camino —le contestó el yamabushi levantando la naginata.

Se dio la vuelta y caminó calle abajo siguiendo los cánticos ebrios de Ebisu sobre barcas a la deriva con el cocinero detrás.



-----Continuará en Fast Fiction Penny

